





El diario de un hombre
que era dos hombres



José Terradas

El diario de un hombre
que era dos hombres



menos**cuarto**

Un jurado formado por José María Merino, Espido Freire, Juan Manuel de Prada y José Ángel Zapatero, presidido por Juan Pedro Aparicio, adjudicó a *El diario de un hombre que era dos hombres*, de José Terradas, el Premio Tristana de Novela Fantástica, en su decimosegunda edición, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

© José Terradas, 2020

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2020

ISBN: 978-84-15740-64-3

Dep. Legal: P-81/2020

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: © Sasha Freemind on Unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En noviembre de 2013, Victorino Moncada Algredi me envió un escueto correo electrónico. En él me informaba que en la casa de los Spencer buscaban a alguien con mis características. Se había tomado la libertad de recomendarme. Creía que después de referir mi trayectoria, endulzada por sus elogios, había posibilidades razonables de que me contrataran. Pronto me volvería a escribir, tenía la esperanza de que ya con una propuesta más concreta. Se despedía advirtiéndome de que, sin importar las circunstancias, no debía mencionar nada del aquel asunto a ninguna persona por más cercana que fuera.

Me extrañó que el bueno de Victorino subrayara lo de la confidencialidad, como si yo no me caracterizara por mi discreción o como si, por otro lado, esos atributos no formaran parte intrínseca de nuestro oficio. Sin embargo, en mi carta de respuesta, me abstuve de hacer cualquier comentario sobre la materia. En vez de ello, le agradecí el gesto y quedé a la espera de noticias de su parte.

Por aquel tiempo yo no tenía mucho de donde escoger. Semanas atrás había sido despedido de la Clínica Metropolitana por una reestructuración general. Y, a pesar de que desde el preciso momento en que me vi en la calle me di a la tarea de rebuscármelas, mis esfuerzos habían resultado estériles. Por eso la segunda carta de Victorino, en la cual me informaba de que se me concedería una entrevista, vino a ser algo así como la cuerda que me sacaría del pozo al que había caído.

Fue él mismo quien me llevó en su carro a la residencia de los Spencer, una estructura imponente que parecía haber sido encajada en la tierra desde tiempos inmemoriales. Recuerdo que yo iba un poco nervioso —¿quién no lo está en una entrevista de trabajo?— y Victorino, con ese buen humor que nunca lo abandonaba, me dijo que me pusiera a respirar con la barriga para que me calmara. Y, efectivamente, eso me ayudó. Cuando entramos a la casa, pensé que mi amigo me acompañaría durante mi visita. Es decir, que se le permitiría esperarme en algún lugar —una sala de estar, la biblioteca— hasta que yo terminara de entrevistarme con, Dios mediante, mis futuros empleadores. Pero Johan Spencer, especie de patriarca de la familia, lo despidió apenas entramos al vestíbulo.

—Hasta aquí, estimado compañero. Su labor ha culminado —le dijo.

Mi amigo tardó un poco en reaccionar al desplante, por lo que nuestro anfitrión levantó su bastón para señalarle la puerta con un gesto de impaciencia en el rostro. Sentí pena de que se tratara a Victorino de esa forma, más cuan-

do él me había asegurado con satisfacción que gozaba de cierta camaradería con el viejo. Traté de paliar su vergüenza estrechándole la mano cariñosamente y agradeciéndole el haberme conducido hasta allí. Él hizo como si recordara que debía volver cuanto antes a casa de Corina Calvache, paciente suya en aquella época y vecina del lugar, y se fue.

Una vez a solas, Johan Spencer y yo quedamos frente a frente, mirándonos. Para romper el hielo, le di las gracias por darme la oportunidad y le pedí que por favor recibiera mi currículum vitae. Él lo tomó, inexpresivo, y me dijo que lo siguiera. Llegamos a una habitación que parecía ser su oficina. Se sentó detrás de un escritorio y me invitó a hacer lo mismo. Después de clavar sus ojos en mí por un instante como si quisiera despellejarme, dijo, ¿y bien?, lo cual yo interpreté como que le diera un recuento de mis credenciales. Empecé a hablar atacado por los nervios. Intenté parecer tan profesional como me fue posible, pero me tropezaba con las palabras y construía frases confusas. La presencia de aquel personaje tenía la facultad de inquietarme. Por más extraño que pueda sonar, sentía que frente a mí había varias personas al mismo tiempo. Me llamó la atención que sus preguntas giraran alrededor de un solo tema: mi experiencia en el cuidado de pacientes inválidos o terminales —estaba particularmente interesado en ello—. Le referí que en la práctica de nuestro oficio no hay distinción entre enfermos de un tipo o de otro, y que estábamos entrenados para lidiar con lo que se presentara, pero al mismo tiempo le dejé entender que tenía mucha experiencia en el asunto, cosa que era cierta.

A medida que la entrevista se desarrollaba, tuve la sensación de que aquella persona sabía casi tanto como yo de mi pasado laboral, lo que indicaba que había investigado (o, mejor, mandado investigar) mi trayectoria clínica. Sin embargo, él aún no me había comunicado qué tipo de trabajo se me asignaría, ni siquiera después de haber transitado todos los vericuetos del currículum vitae que tenía frente a sí. De hecho, nada de eso fue abordado en aquel momento. Otro asunto, al parecer, le preocupaba más.

—¿Estaría usted dispuesto a guardar un... secreto? —me preguntó a quemarropa, poco después de que se hiciera un instante de silencio entre ambos.

Al ver el mohín de asombro que se habría traslucido en mi rostro, trató de tranquilizarme.

—No se asuste, hombre, que no es nada ilegal; solo quiero saber si sería capaz de velar por alguien, sin hacer ninguna pregunta y sin mencionar jamás que ha estado aquí.

Entendí que lo que quería mi interlocutor era un compromiso. Más que una respuesta, una convicción.

—¿Y por qué habría de revelar que he estado aquí, señor Spencer? —repliqué—. Yo he jurado velar por los enfermos cualquiera que sea su estado. Para mí es un asunto ético.

Se hizo un momento de silencio incómodo y, pensando que me había quedado corto, agregué algo más, con una seriedad pasmosa, porque de verdad lo creía:

—Las circunstancias que rodeen al paciente no son, en absoluto —remarqué la frase en absoluto—, de mi incumbencia.

Pude notar que mis palabras o, quizás, la actitud con que las había pronunciado causaron una impresión favorable en él, aunque enseguida se apresurara a borrarla de su rostro.

—Muy bien, muy bien. No ha titubeado. Un profesional resuelto —dijo.

—Muchas gracias —respondí, creo que con demasiado entusiasmo, y me sentí ridículo.

Entonces, el viejo se levantó del asiento y empezó a caminar de un lado a otro del cuarto apoyado en su bastón. Su rostro denotaba desasosiego, como si en su cabeza se fraguara algo de importancia. Me abstuve de interrumpirlo y me dediqué exclusivamente a seguirlo con la vista porque no quería parecer impertinente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, a los ricos no les molesta eso. Están acostumbrados a que los miren. Pasados unos minutos, sin embargo, la impaciencia me venció. Me interesaba obtener el trabajo y aquella, quizás, era mi única oportunidad de conseguirlo.

—Señor Spencer... —comencé a decir—, si desea preguntarme alguna otra cosa, yo con mucho gusto...

—Lo llamaremos —dijo él, de repente con tono conclusivo.

Y salió de la habitación.

Quedé solo.

Por un momento tuve la esperanza de que regresaría después de un rato y me haría un recuento de mis futuras responsabilidades o que, al menos, se despediría de mí y me enseñaría el camino de salida. Pero no fue así. En su lugar

vino la criada de la casa, una señora mayor y vivaz, la cual me pidió que la siguiera. Al notar mi confusión, me dijo:

—Él es así, él es así, señor Carrandi. No se preocupe usted por sus manías.

Me extrañó que la vieja supiera mi nombre. Pero enseguida recordé que Spencer, según mis propias suposiciones, sabía bastante de mi pasado y dejó de extrañarme.

La palabra secreto, tal como había sido pronunciada en la entrevista, retumbó en mis oídos.

Casi sin darme cuenta, llegamos al umbral de la puerta. Lo atravesé. Volteé para despedirme del ama de llaves, pero, antes de que pudiera decirle nada, esta cerró la puerta en mis narices.

—Lo llamaré —dijo desde adentro.

Una semana más tarde, el propio Johan Spencer me telefoneó para comunicarme que me esperaba en su residencia. Llegué puntual. Imaginé que sostendríamos otra entrevista como la anterior. Pero esta vez me condujo a la biblioteca, me entregó unos papeles y me dejó solo para que los leyera con calma.

—Regresaré en unos diez minutos —dijo.

Los papeles estaban compuestos por un contrato de trabajo bastante jugoso y por un acuerdo de confidencialidad bastante estricto y, a mi parecer, innecesario. Las cifras escritas en el primero y las cláusulas del segundo reflejaban tanto la generosidad de los Spencer como el temor de que su secreto se divulgara. Contrario a lo que se pudiera pensar, firmé ambos documentos sin analizarlos al detalle. Necesitaba el trabajo y con mis años de experiencia en el

campo de la medicina, había pocas cosas que no hubiera visto y que de verdad tuvieran la facultad de sorprenderme. Además, contaba con su palabra de que no era nada fuera de la ley. Y, en caso de que lo fuera, ¿podía alguien obligarme a realizar actos contra mi voluntad?

Cuando se cumplieron los diez minutos, regresó Johan Spencer. Le alcancé los documentos. Los tomó después de colgarse el bastón en uno de los antebrazos. Revisó que hubiera plasmado mi firma en cada una de las hojas señaladas y, al comprobar que así había sido, aseveró que todo estaba en orden.

—Excelente —aprobó, como si hubiese cerrado un negocio importante.

Por primera vez noté en su cara un matiz de alivio.

—Ahora que las cosas se han aclarado, puede empezar a trabajar —afirmó—. Sígame.

Recorrimos la casa hasta lo que parecía la habitación principal. Se detuvo frente a la puerta, donde el ama de llaves yacía sentada en un sillón. Antes de abrirla, más bien empujarla, pues se encontraba entornada, me miró a los ojos.

—De ahora en adelante, le recuerdo que no debe hacer público nada de lo que vea aquí —advirtió, y luego se apartó para que pasara.

A pesar de la nueva advertencia —que ya empezaba a molestarme—, entré sin aprensiones. La habitación era como suponía que debían de ser las demás habitaciones de aquella residencia. Lujo sobrio y añejo, madera pulida por todas partes, muebles macizos, adornos y cuadros costosos, libros... Lo único que desentonaba en aquel sitio

(¡y vaya si lo hacía!) era una cama de hospital, la cual estaba pegada a la pared justo en medio de la pieza. En ella descansaba un cuerpo inmóvil, cuyos ojos, haciendo más visible la incapacidad, trataban de indagar nerviosamente quién había entrado a la habitación.

Me volteé a ver a mi nuevo jefe.

—Julio Julio Spencer —me informó mi guía, señalando el cuerpo con la barbilla.

Estuvimos un momento en silencio como si hubiésemos entrado en una iglesia en plena eucaristía.

—O lo que queda de él —acotó—; un amasijo de carne a la espera de la muerte...

Me acerqué al paciente para entender con más claridad a lo que se refería. Una vez llegué a su lado, le di mi nombre y le dije lo que uno siempre dice, que estaba allí para servirlo, que haría todo lo que estuviera en mis manos para ayudarlo, etcétera, etcétera. Él me miró por unos segundos, como si estuviera detrás de una máscara (su cara impassible de hecho lo era), y después clavó sus ojos en el techo sin volver a desviarlos de allí.

Se trataba de una persona joven, más joven de lo que la invalidez dejaba elucubrar. Si bien, un rápido análisis visual me indicó que estábamos ante un caso de tetraplejia, para nada parecía ser un caso común ni que aquel hombre estuviera a la espera de la muerte, como había afirmado Johan Spencer. La ausencia de escaras en los codos (hasta donde alcanzaba a ver) y la coloración sana de su piel me sugirieron que el enfermo no había perdido en su totalidad la función motora o que esta había sido perdida muy poco

tiempo atrás. Los músculos aún tenían tono y no acusaban ese aspecto macilento y flácido de los paralíticos, lo que delataba que llevaba a cabo (o lo había hecho recientemente) alguna clase de movimiento o ejercicio capaz de irrigar su cuerpo de sangre fresca. Ya que mi compromiso era para con el enfermo y mi contrato de confidencialidad se limitaba a especificar que no divulgaría nada a terceros, no me creí obligado a mencionar a Johan Spencer ninguna de estas inferencias, al menos no hasta que supiera más del asunto. Si el supuesto desahuciado se abstenía de informar del devenir de su condición (en caso de que aún pudiera) —pensé—, ¿quién era yo para develar secretos tan íntimos?

Volteé de nuevo hacia donde creía que se hallaba mi empleador con el objeto de preguntarle cómo aquel familiar había adquirido tal condición, el diagnóstico y el pronóstico de acuerdo con los médicos, pero me di cuenta de que me hallaba solo en el cuarto. Es decir, me hallaba con un cuerpo petrificado e incapaz —hasta donde sabía— de aclarar mis dudas. Entonces, salí apresuradamente de la habitación. Alcancé a ver que Johan Spencer se alejaba por el mismo pasillo por el cual habíamos llegado. Lo llamé, pero no obtuve respuesta. Ya me disponía a seguirlo, cuando el ama de llaves me obstruyó el paso.

—De ahora en adelante su trabajo consiste en cuidar de él —me amonestó la vieja, señalando la habitación con la mano.

—Necesito hablar con el señor Spencer —reclamé.

—Con el único Spencer que usted hablará es con él —repitió la vieja aún con el brazo extendido.

Al ver que ella no cejaba en sus propósitos, desistí del mío de hablar con nuestro jefe. De hecho, esa fue la última vez que sostuve una conversación con el viejo Spencer. Ni con él ni con la señora Margarita, esposa de Julio Julio y tercera habitante de la mansión, pude cruzar palabra durante mi estadía allí. En ocasiones los veía caminando por los corredores de la casa o saliendo de la habitación que se me había encomendado cuidar. Pero, si bien me saludaban con una venia amable desde la distancia, se notaba que lo hacían por mero formalismo. Enseguida desaparecían detrás de alguna puerta sin dejar más rastro que unos pasos que se iban apagando hasta desaparecer.

* * *

En los primeros días de trabajo me sentí incómodo y pensé que debía denunciar aquel caso a la policía. Impedirle a un enfermo el acceso a una apropiada atención médica es como dejar morir a alguien a cuentagotas. Bueno, sí, estaba yo, para algo me habían contratado. Pero yo no era doctor, ni siquiera sabía a ciencia cierta cuál era el mal que padecía mi paciente. Por más que revisé manuales y elucubré teorías, no terminaba de dar con una enfermedad que le cuadrara completamente. A veces pensaba que podría tratarse del síndrome de cautiverio; otras veces me inclinaba por el síndrome de Guillain-Barré o la enfermedad de Charcot... Tampoco había un reporte o historia médica

que me guiara. Y lo más extraño de todo era que, al menos al principio, Julio Julio yacía allí, vegetando, sin que sus signos vitales se deterioran o siquiera variaran. Porque, aunque suene grotesco, aparte de su postración, gozaba de buena salud. Eso era lo más extraño de todo, que gozaba de buena salud. Presión arterial normal, pulso normal, oxígeno en la sangre normal, miccionaba y evacuaba regularmente, no presentaba fiebre. A veces, incluso, tenía la tonta idea de que simplemente se encontraba hibernando.

Sin embargo, después de un tiempo de analizar la situación con cabeza fría, renuncié a la idea de informar del caso a las autoridades. Los Spencer tenían el dinero para silenciarme. Abogados, demandas, contrato de confidencialidad. Eso sin contar que pudieran recurrir a otros métodos. Una familia que retiene a uno de sus miembros en una cama esperando que pase a mejor vida puede atreverse a llevar a cabo acciones más audaces. Además, ellos eran los parientes directos del enfermo, lo que les ponía en una posición privilegiada para obrar en su nombre, en caso de que este (como efectivamente ocurría) no pudiera valerse por sí mismo. Quizás hasta hubiera un documento legal, firmado por el propio paciente, que los facultara para hacerlo. De cualquier modo, lo más seguro era que, antes de lograr algún resultado positivo a través de la ley, los Spencer ya hubiesen alcanzado sus propósitos.

* * *